

PERSPECTIVAS DE LA HISTORIOGRAFÍA LATINOAMERICANA*



Sergio Bagú
UNAM, México

En historiografía, como en toda actividad científica, tres elementos corren paralelamente y es difícil arribar a conclusiones precisas sobre tendencias y contenidos de la producción si no se toma en cuenta a todos y se les interrelaciona: la ciencia, la técnica y la profesión. El primero se refiere al contenido sustantivo; el segundo, al modo de hacer; y el tercero, a las condiciones sociales en las cuales se busca el contenido y se desarrolla el modo de hacer.

Varias etapas son bien discernibles en la ruta recorrida por la creación histórica latinoamericana desde principios del siglo XIX, aunque es obvio que existen numerosas variantes locales y que cada una de esas etapas es susceptible de una microperiodización.

Durante el siglo XIX, la reconstrucción del pasado se había hecho, con mucha frecuencia, como parte de una definición del historiador en la lucha política de su tiempo. Opinar es siempre polemizar, pero en esa etapa el ánimo polémico ocupa un primer frente en la reconstrucción del pasado. Esta observación no prejuzga, sin embargo, el valor cultural de esa reconstrucción, que en no pocos casos fue elevado.

Cuando ya se inicia el siglo XX, la multiplicación de las cátedras universitarias y la fundación de academias de historia son síntomas de la expansión de una corriente teórica que bien podría denominarse neopositivismo historiográfico, cuyas

* Conferencia de clausura del Congreso Internacional de Historia de América Latina y el Caribe, 1974-1994, Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Querétaro, Qro., junio de 1994. Publicada en *Dialéctica* (Universidad Autónoma de Puebla), Puebla, México, n° 27, primavera 1995.

raíces pueden encontrarse en Europa en la segunda mitad del siglo XIX. Es la búsqueda en archivos del dato preciso muy predominantemente político y su presentación objetiva, como si el autor se desligara de todo prejuicio partidista.

Hasta 1945, el campo observable es predominantemente el fenómeno político, concebido como la lucha por el poder estatal central, aunque se encuentran excepciones notables en autores cuya preocupación por lo económico, lo social y lo cultural parece anunciar los nuevos objetivos de la investigación.

1945-1975

Después de la segunda guerra mundial, aparecen en el horizonte conceptual nuevas actitudes, y en este caso América Latina corre paralelamente con los Estados Unidos y Europa. Se trata de reivindicar la importancia extraordinaria del fenómeno económico, de complicar el acontecimiento político entremezclándole elementos de la estructura social y descubrir el subsuelo demográfico en todas las corrientes de acontecimientos del pasado y del presente.

Fácilmente podríamos insertar este último capítulo entre 1945 y 1975. En esos años es cuando se diferencian claramente aquellos tres elementos que mencionaba: la ciencia, la técnica y la profesión. Después de mucho andar aparece en nuestros países la posibilidad de llegar a un nivel superior de profesionalización: vivir de reconstruir la historia o bien, a lo sumo, dividir la profesión entre investigación y docencia.

Aquí adquieren caracteres diferenciales bastante específicos los tres elementos: la historia-ciencia, la historia-técnica y la historia-profesión. La dependencia profesional del historiador a lo largo de este período -el colegio, la universidad, el instituto, la fundación, el Estado- contribuyó a acentuar la importancia de la técnica y a atenuar el horizonte político dentro del cual el historiador actúa y a veces se define públicamente. Los condicionamientos profesionales incidieron inevitablemente en el modo de interpretar el pasado y en el objetivo mismo de la búsqueda del dato.

Por cierto que no fue ésta la única tendencia que se advierte en esa etapa cercana. Por una parte, hay un renacer y un importante reformarse de todas las ciencias sociales, lo cual inevitablemente se proyecta sobre las diversas facetas del trabajo del historiador. Simultáneamente, el vigoroso renacimiento en Europa Occidental del estudio de las obras de Federico Engels y Carlos Marx, inmediatamente después de 1945, se proyecta con rapidez sobre América Latina y todas sus ciencias sociales, incluyendo la reconstrucción del pasado. Esta corriente central tuvo los más diversos matices, desde aportes creadores hasta rutinarias repeticiones manualísticas sin valor científico.

En materia específicamente historiográfica referida a América Latina, debe mencionarse en un primer plano la vasta influencia de la escuela francesa de los *Annales*, muy especialmente en materia histórico-económica. También es importante la expansión de las investigaciones sobre historia de la población, que corre paralela con la creciente tecnificación del levantamiento censal y la valoración de los viejos censos.

Menos importante resultó, entre estas corrientes renovadoras, la investigación sobre historia social, y aún menos sobre historia política e historia cultural.

Lo más reciente

En los últimos veinte años se presentaron también algunos importantes cambios de rumbo. En primer término, la profesión acentuó los rasgos de dependencia institucional que se habían advertido durante los lustros anteriores, lo cual corre paralelamente con una mayor preocupación tecnológica y metodológica, así como una menor difusión teórica. Las fuentes de financiamiento estrecharon más su modalidad institucional, con lo que la carrera profesional y la recompensa económica fueron inevitablemente imponiendo normas profesionales de tipo formal, acompañadas de cierto menosprecio por el valor de los contenidos.

Entre la materia histórica y el profesional de la investigación se interpuso, con mayor fuerza en este periodo, la figura del burócrata que juzga y distribuye fondos. Como nunca antes, las exigencias formales de la carrera profesional condicionaron los contenidos y la temática de la producción escrita.

En el terreno conceptual es fácil advertir un generalizado abandono del tipo de planteamientos y aún de temáticas que en el pasado inmediato aparecían como vinculados con corrientes marxistas.

El concepto de ciencia

No puedo extenderme exageradamente en esta exposición pero tampoco dejar de mencionar una materia que, desde cierto ángulo, podría considerarse sólo paralela, pero que en realidad subyace en cualquier reflexión sistemática sobre el presente y sobre el pasado de las sociedades humanas. Me refiero al concepto mismo de ciencia, cuyas proyecciones alcanzan, por supuesto, todas las disciplinas científicas.

Recuerdo con bastante nitidez, como si el episodio hubiera ocurrido ayer mismo, cuando era común el argumento de que la historia de las sociedades humanas no podía ser ciencia porque los hechos que estudiaba no se repetían en el tiempo. Este concepto estaba fuertemente respaldado por la imagen del verdadero investigador científico, aquel que en el laboratorio repetía cientos de veces exactamente el mismo experimento para extraer conclusiones científicamente válidas.

Ya sé que desde finales del siglo XIX la noción epistemológica subyacente en este concepto había comenzado a debilitarse. El relativismo de Einstein, la teoría cuántica y otras corrientes paralelas introdujeron temáticas inéditas en la mente misma de las ciencias físicas, exactas y naturales.

Hace veinte años, aproximadamente, cuando comenzó a esbozarse la teoría del caos en ciencias físicas, la conmoción epistemológica se extendió aún más. El cálculo electrónico, al hacerse extraordinariamente complejo, parece completar - por paradójico que resulte - el ciclo de la duda acerca de la perfectibilidad del cono-

cimiento en las ciencias duras. Una de las noticias que nos llegan con cierta frecuencia nos hace saber que algún aparato espacial, orientado por las supercomputadoras más increíblemente perfectas, se ha perdido en la nada por errores de cálculo, como aquel que en 1993 la agencia espacial NASA, de los Estados Unidos, denominó Mars Observer y que costó a la humanidad mil millones de dólares. Anotemos, entre paréntesis, que los errores que nosotros cometemos en las ciencias sociales son mucho más baratos.

Otra de las noticias al respecto se refiere a las primeras opiniones de especialistas según las cuales el cálculo matemático ha llegado ya a ser tan extraordinariamente complejo que no hay verificación posible.

Casi diría que la última novedad que espera a los investigadores de las ciencias sociales es la extensión de la teoría del caos, originada en las ciencias duras, al análisis del presente y del pasado de las sociedades humanas. Desde luego, es menester aclarar aquí que lo que en las ciencias físicas y naturales ha comenzado a denominarse caos no es la impredecibilidad absoluta en la cadena de fenómenos, sino la existencia de sistemas irregulares que no por ello pierden su naturaleza básica causal, sino que la hacen notablemente compleja y casi impredecible si el investigador maneja sólo una lógica tradicional. Trasladado este nuevo concepto a los fenómenos de la personalidad y de las sociedades humanas, la denominación de caos parece acercarnos más a su verdadero contenido. Ahora sí podemos refutar aquella antigua objeción de la irrepitibilidad de los procesos observables en las ciencias sociales, recordando que los procesos físico-naturales también llevan implícita la condición de irrepitibilidad y que la diferencia con los fenómenos humanos reside en que estos últimos manifiestan su irrepitibilidad en plazos muchísimos más breves.

Pero este no significa, en modo alguno, la negación del concepto de ciencia. Muy por el contrario, a partir de todos estos nuevos horizontes, originados muchos de ellos en las ciencias duras y en la matemática, sólo aparece la necesidad de admitir la extraordinaria complejidad de las estructuras, de los sistemas y de los procesos que se extienden en el tiempo. Esto nos lleva al corazón mismo de las ciencias sociales y, por lo tanto, de la historiografía, oficio este que tiene como objetivo fundamental descubrir el tiempo en el pasado y en el presente de las sociedades humanas.

Memoria y estructura social

Desde aquellos momentos, cuando se le negaba a la reconstrucción histórica la calidad de la ciencia por empeñarse en descifrar lo que no se repite, hasta nuestros días, en que el antiguo concepto de repetibilidad ya no es la pauta de las ciencias duras, han transcurrido decenios de intensa búsqueda en materia epistemológica. La calidad científica de la reconstrucción de los procesos de las sociedades humanas en el tiempo no puede ya ponerse en duda desde ningún ángulo.

Podemos ir aún más lejos. A partir de lo que hoy sabemos sobre la estructura social de las comunidades humanas en el pasado y el presente, se comprueba que

la función que cumplían aquellos lejanos cronistas de las comunidades elementales, que consistía en conservar la memoria -mitad verdad y mitad mito- de esas comunidades, constituía un elemento de cohesión comunitaria, lo que hoy llamaríamos el elemento cultural de la estructura social. El oficio ha cambiado de estilo, pero su función sigue siendo ésta: proporcionar el elemento cultural de la estructura social, aunque desde luego abandonando el mito y aferrándose totalmente a la verdad.

La teoría económica como modelo

Por lo demás, después de 1945 se acentuó una tendencia que procede, cuando menos, del siglo XIX. Implícita o explícitamente, la economía apareció como modelo para todas las ciencias sociales, incluyendo la historiografía. Desde el punto de vista argumental, la economía era, evidentemente, la que manejaba conceptos más matematizables. Se podía expresar fácilmente en números, lo cual invitaba a todo género de especulaciones cuantitativas. En el fondo, palpitaba una realidad psicosocial profunda: las sociedades occidentales habían incorporado el cálculo económico, aunque en su forma más elemental, a las necesidades de la vida diaria de cada individuo. Era la primera vez que esto ocurría en el largo transcurso de las sociedades humanas.

La economía es, sin duda alguna, la más matematizable entre las ciencias sociales, más aún que la demografía, que le sigue en esa peculiaridad, pero -valga la paradoja-, ¿es por eso la más científica? En el fondo, se trata del problema básico de la naturaleza del conocimiento científico.

Cómo se puede conocer la realidad social global; cómo se puede descubrir su historicidad; cómo se puede formular ese conocimiento. Estas son las tres claves de la historiografía como ciencia y la posibilidad de formular respuestas a esas preguntas obliga a recurrir a los aportes de todas las ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas. Desmesurados requisitos para el ejercicio de la profesión de historiador, pero todos ellos válidos en un terreno lógico.

Pensar que la economía es la pauta inapelable para todas las ciencias sociales es reducir notablemente el campo de investigación, transformando en norma universal lo que en realidad es sólo uno de los elementos básicos de ese universo extraordinariamente complejo que es la dinámica global de las comunidades humanas.

En el terreno teórico, ese tipo de apología de la ciencia económica es reduccionista, pero en el terreno práctico ese reduccionismo adquiere proporciones extremas. Si la ciencia social se reduce sólo a lo que es economía, el próximo paso puede ser reducir la economía a uno solo de sus capítulos. Eso es aún más preocupante, porque la tendencia no se manifiesta sólo en el terreno especulativo, sino que invade todos los campos científicos y profesionales.

El Premio Nobel de economía

Quiero referirme aquí a una sola institución contemporánea, que en nuestros días se proyecta como foco de orientación conceptual y metodológica de alcance internacional.

Creado en 1969 por el Banco de Suecia, éste es el único premio Nobel que se otorga en ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas. El reduccionismo ya comienza con esa extrema definición. La nómina de los premiados hasta el último, otorgado en 1993, ya es suficientemente prolongada como para descubrir una verdad de fondo.

Comenzando con los que nunca lo recibieron, tres nombres aparecen rápidamente en la memoria: Joan Robinson, John Kenneth Galbraith y Raúl Prebisch, todos ellos autores de una larga bibliografía en la especialidad. Los dos primeros -Joan Robinson ya desaparecida- son teóricos de primer rango, que insuflaron en sus análisis una amplia visión filosófica e histórica, sin dejar de manejar, aunque mesuradamente, el elemento matemático. Prebisch -también fallecido- dedicó más de cincuenta años al análisis de la economía latinoamericana.

Entre los premiados desde 1969 hay, sin la menor duda, economistas muy meritorios. Pero esta comprobación tiene sus limitaciones, de las cuales sólo es posible enunciar aquí algunos casos elocuentes.

En 1990 el premio fue compartido por Harry Markowitz, por su teoría de elección de la cartera de valores; William Sharpe, por su teoría sobre la formación de precios para activos financieros; y Merton Miller, por su teoría sobre las finanzas corporativas. A juzgar por la información periodística, se trata de técnicas aplicables al mejor manejo de las grandes corporaciones contemporáneas. La técnica, ya lo sabemos, no es ciencia.

En 1993 la recompensa fue otorgada, por primera vez, a dos historiadores económicos. Uno de ellos es Robert William Fogel, quien, en colaboración con Stanley L. Engerman, publicó en 1974 una obra titulada *Time on the Cross / The Economics of American Negro Slavery* (Little Brown, Boston-Toronto). El argumento central de esa obra, sostenido por una larga faena de manejo estadístico, consiste en que en los Estados Unidos, hasta el momento de la guerra civil y la abolición de la esclavitud, la plantación esclavista funcionaba como una empresa privada más eficiente y con mayor éxito de mercado que muchas empresas industriales del norte.

Esta tesis fue amplia y rápidamente refutada en un importante volumen que se titula *Reckoning with Slavery / A Critical Study of the Quantitative History of American Negro Slavery* (Oxford University Press, Nueva York, 1976), redactado por varios historiadores cuantitativistas, con un excelente prólogo de Kenneth Stamp. No puedo entrar aquí en el detalle de la polémica, pero es menester dejar constancia de que la refutación, la cual abarca todos los aspectos, es realmente terminante. Sólo parece ausente el aspecto no científico, que en este caso es el ético.

La apología de la plantación esclavista durante la segunda mitad del siglo XIX que hacen Fogel y Engerman con el argumento de su eficiencia gira en torno de una lógica elemental que, sin necesidad de apoyo cuantitativo, podría reseñarse con estas palabras: si existió, fue porque era un buen negocio.

Lo era, sin duda, si se juega con la mentalidad del empresario esclavista. Pero el testimonio más actual que tenemos para analizarlo nos lo ofrece -histórica y elocuente coincidencia- Toni Morrison, novelista estadounidense, nieta de esclavos que vivieron oprimidos ferozmente en las plantaciones del sur de los Estados Unidos, por cuyas novelas, que tratan sobre los negros de esa región y la esclavitud, recibió el Premio Nobel, no de Economía, precisamente, sino de Literatura, el mismo año.

En síntesis, lo que recompensa preponderantemente el Premio Nobel de Economía es el éxito empresarial, a cuyas técnicas llama ciencia económica. Parece innecesario aclarar que no es el instrumento -en este caso el cálculo electrónico- lo criticable, sino el tipo de mentalidad con que se maneja.

Cuatro obras recientes

Cuatro obras importantes han aparecido muy recientemente, en las cuales, a partir de planteamientos muy disímiles, surge con fuerza la convicción de que el descubrimiento del sentido del proceso histórico es indispensable para juzgar el presente y pronosticar el futuro.

Una se titula *Hispanoamérica-Angloamérica / Causas y factores de su diferente evolución*, por Domingo Maza Zavala, Editorial Mapfre, Madrid, 1992. El autor es uno de los economistas más importantes de América Latina en el presente y ha producido numerosos trabajos en su especialidad, con una larga carrera institucional. Esta obra marca un punto de inflexión en esa intensa bibliografía altamente especializada. Ahora el economista reconstruye una extensa trayectoria histórica para explicarse el presente y lo hace apelando al ángulo comparativo, otro de los métodos sobre el cual podríamos detenernos largamente para señalar su importancia lógica.

Otro libro se titula *Preparing for the Twenty-First Century*, Harper-Collins, Londres, 1993. Paul Kennedy, su autor, es el único historiador entre los cuatro. Maneja una vasta información procedente de diversas disciplinas científicas, pero no pierde su intento básico, que consiste en trazar un largo recorrido en el pasado para articular conjeturas sobre el futuro inmediato.

Las dos obras restantes proceden de otros tantos e importantes investigadores en ciencias muy distantes de las sociales.

Jared Diamond es un biólogo estadounidense especializado en aves y, a la vez, evolucionista importante. Su obra más reciente se titula *The Third Chimpanzee / The Evolution and Future of the Human Animal*, Harper Perennial, Nueva York, 1992.

Diamond recurre a la historia de las comunidades humanas para pronosticar el futuro del Homo sapiens. Maneja indistintamente desde los datos históricos más remotos hasta la actualidad más palpitante, que incluye el genocidio cometido por el régimen militar que se inicia en Argentina en 1976.

Los temas expuestos por Diamond inciden directamente sobre la materia que nos preocupa. Uno se refiere a la reconstrucción que se ha hecho de la historia de la isla de Pascua, cuyo nombre original es Rapa-Nui, territorio chileno en el océa-

no Pacífico a varios miles de kilómetros de la costa. Hasta hace muy poco, la presencia de una cantidad de esculturas monumentales y la comunidad que las creó constituían verdaderos misterios. Su pasado ha sido reconstruido, no por historiadores, sino por arqueólogos y paleontólogos. Allí vivió, en siglos lejanos, una comunidad que durante un largo período se mantuvo con una agricultura depredadora, sin noción del riesgo que implicaba la destrucción de la capa vegetal. Mientras esa agricultura atravesó la etapa expansiva, la comunidad vivió pacíficamente y alcanzó un nivel de existencia aceptable. Cuando la carga vegetal comenzó a presentar signos de agotamiento, se produjeron divisiones agudas entre grupos sociales, luchas desgastadoras y gobiernos despóticos, todo lo cual agregó el empobrecimiento humano al empobrecimiento del medio ambiente. Simultáneamente cambia la concepción religiosa y el arte adquiere otro sentido y, en consecuencia, otra forma expresiva.

Diamond completa su cuadro histórico con otros numerosos casos de genocidio y de agotamiento de los recursos naturales por defectos graves de su administración, aunque no siempre coinciden ambos procesos. Todos estos casos le sirven para advertir que la presencia de las comunidades humanas en la corteza terrestre no es un dato asegurado en la vida del planeta.

Dos amenazas básicas encuentra Diamond para la supervivencia de la especie humana. Una es la guerra atómica, cuyo riesgo, observa, parece alejarse con la desaparición de la Unión Soviética. Otra es la extinción de los recursos naturales indispensables para la sobrevivencia humana. Si continúa la destrucción indiscriminada de esos recursos, la existencia de la especie corre un serio riesgo. El evolucionista nos advierte: más de la mitad de las especies animales registradas por el investigador ha desaparecido de la tierra. No existe ningún argumento científico -concluye- para negarse a aceptar la posibilidad de la desaparición de la especie *Homo sapiens*.

Es oportuno recordar aquí que en los Estados Unidos se está realizando actualmente una importante investigación, en la que participan treinta científicos, sobre la relación entre la decadencia de los recursos renovables, el aumento de la población y los conflictos sociales violentos (Th. F. Boutwell y G. W. Rathjebbs, «Environmental change and violent conflict», en *Scientific American*, Nueva York, febrero de 1993).

Una pregunta inquietante

La cuarta obra reciente en la cual el proceso histórico constituye el cauce central de la argumentación es la de Gerard Piel, titulada *Only One World / Our Own to Make and to Keep*, W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1992.

Es imposible comprender el interés que la opinión de este autor tiene para nosotros los latinoamericanos si no trazamos antes un breve esbozo biográfico. Piel fue, apenas finalizada la segunda guerra mundial, el reorganizador de *Scientific American* y su director hasta hace poco. Fundada en Nueva York hace más de un siglo, se cuenta entre las tres o cuatro revistas de ciencias duras más importantes del mun-

do, con ediciones en varias lenguas y distribución internacional. Piel, como es lógico suponer, procede de las ciencias duras y no es exagerado considerarlo como orientador de la investigación en ese campo. Al parecer, su incursión en el terreno de los problemas mundiales contemporáneos y de la historia de grandes sectores de la población mundial obedece a preocupaciones relativamente recientes.

Esta obra es de tipo verdaderamente enciclopédico y sólo pudo haber sido emprendida por un solo autor si está respaldado por un extraordinario archivo de datos. En una sección del libro, Piel hace un recuento general del problema fundamental contemporáneo de grandes masas continentales. Cuando llega a América Latina, hace una observación de fondo. Este subcontinente -advierte- posee vastos recursos naturales, una densidad demográfica apenas mediana y una intelectualidad numerosa y bien preparada. Sin embargo -observa-, mantiene en la pobreza a un alto porcentaje de su población. ¿Cómo explicarse una contradicción tan notoria?

Gerard Piel recurre al conocimiento histórico para descubrir la continuidad secular que le permita llegar a una conclusión sobre lo contemporáneo. No se trata en esta ocasión de juzgar la validez de la interpretación histórica del autor. Lo fundamental es el interrogante que Piel se plantea: ¿cuáles son los procesos históricos que han impedido que un subcontinente como América Latina supere los niveles de atraso, miseria e injusticia que hoy la perturban tan seriamente?

No es oportuno intentar aquí una respuesta que, por supuesto, debe evadir las simplificaciones y afrontar toda la extrema complejidad de un proceso de siglos y de un presente saturado de contradicciones. Pero el planteamiento de Piel debe gravitar sobre nosotros como una invitación que encierra cierta dosis de acusación para la intelectualidad latinoamericana.

América Latina tiene, en efecto, una vasta intelectualidad que, en términos generales, se caracteriza por la universalidad de su formación cultural y la aptitud profesional. Esa intelectualidad de hoy recoge una tradición ya antigua en este subcontinente: la avidez por el conocimiento de otras culturas y el manejo fácil de las lenguas que antes y hoy constituyen la clave del conocimiento directo de esas culturas. En dos de sus lenguas -el español y el portugués- se traduce desde hace un siglo lo que probablemente sea el mayor número de autores de otras lenguas en todo el mundo. El acceso a las fuentes informativas procedentes de Europa y los Estados Unidos constituye para esa intelectualidad una norma heredada de sus abuelos. Su aptitud de interpretación, en términos generales, es, por decirlo con prudencia, realmente considerable. Todos estos datos de la realidad acentúan una responsabilidad social muy grande.

Una tendencia persistente y una sombra ilustre

Cuando este importante congreso de historiadores latinoamericanos llega a su fin, corresponde recordar una tendencia persistente y evocar una sombra ilustre, una y otra relacionadas con el oficio de historiador.

Para el ser humano, para la comunidad del Homo sapiens, reconstruir el pasado -ya lo sabemos- es una necesidad del presente. Político es el individuo que cree

tener una fórmula para solucionar problemas de su tiempo y su lugar, pero cuando el político quiere ascender a niveles de responsabilidad social y cultural apela a la historia para justificar su programa del presente. Tanto el socialismo como el liberalismo, las dos corrientes políticas que en el siglo XIX adquieren fuerza multitudinaria, hicieron grandes esfuerzos de reconstrucción y de lógica para encontrar el hilo histórico que formara la columna vertebral de sus teorías y sus programas.

Latente o explícito, el dato histórico refuerza la actitud política, pero, al ingresar, solapada o abiertamente, en la polémica pública afronta el riesgo de la distorsión. En ese terreno se acentúa la obligación del historiador, que es un científico al servicio de la verdad. Vale la pena mencionar aquí un caso nada estridente para ilustrarlo. Cuando Benazir Bhutto ganó las elecciones y llegó al poder en Pakistán en 1988, y luego en 1993, los adversarios políticos de esta mujer alegaron que nunca antes en un país musulmán había ocurrido tamaña afrenta. El argumento fue retomado por la prensa occidental y difundido mundialmente, porque parecía reforzar la notoria inferioridad femenina en los territorios adscritos al Islam.

Fátima Mernissi, historiadora nacida en Marruecos, ha publicado recientemente en francés una obra de investigación, ya traducida al inglés, que se titula *Las reinas olvidadas del Islam*, donde reconstruye con detalles la trayectoria de dieciséis mujeres que entre 1000 y 1800 gobernaron países islámicos. La omisión intencional de esos importantes antecedentes es la obra -asegura- de lo que ella denomina el Islam político, que tergiversa intencionalmente al Islam del Corán.

Por nuestra parte, nos es fácil recordar que en los países occidentales de tradición cristiana a la actividad política estuvo por ley rigurosamente reservada a los hombres hasta después de 1945, salvo algunas muy contadas excepciones de reinas, aunque la mujer se hizo presente en la militancia sindical y política en muchos países, sin esperar que la ley se lo permitiera. (Tomo los datos sobre la obra de Fátima Mernissi de *MECC News Report*, Middle East Council of Churches, Limassol, Chipre, marzo-abril de 1994.)

Más aún; en 1992 la Unión Interparlamentaria presentó en la sede de las Naciones Unidas en Ginebra el resultado de una investigación de alcance mundial, que tituló «Las mujeres y el poder político», en la que se demuestra, país por país, que el ingreso de la mujer en los organismos del poder político en todo el mundo es un proceso de limitados alcances y marcada lentitud (*El Día*, México, 14 de marzo de 1992).

Los casos recientes de distorsión de la memoria histórica para servir fines políticos inmediatos aparecen con facilidad. Cuando en Europa surge el fascismo en el siglo XX, se hace acompañar desde sus inicios por una nueva interpretación del pasado, e inclusive por una antropología *sui generis*. No puede sorprendernos, pues, que los novísimos fascismos en varios países del continente europeo hayan dado lugar ya a peculiares interpretaciones del proceso histórico que tienden notoriamente a justificar sus objetivos y sus tácticas. Estamos en presencia de un neofascismo, pero también de una corriente historiográfica neofascista. La lucha se presenta en todos los frentes.

No es nada inoportuno, aquí entre historiadores que conocemos muy bien la influencia que la escuela de los *Annales* tuvo sobre la formación de toda una ge-

neración de especialistas latinoamericanos, recordar que la idea básica de los *Annales* y la revista misma fueron lanzadas por Marc Bloch, quizá el historiador europeo más importante de este siglo. Precisamente en los días en que se ha celebrado este congreso se cumple medio siglo desde que Marc Bloch fue fusilado en un campo de concentración nazi en su propio suelo francés. Bloch no fue fusilado por su obra histórica, sino por su participación en el movimiento de resistencia a la ocupación nazi. El, que nunca había sido militante político, sabía que arriesgaba su vida -¡cómo no saberlo!- cuando se definió contra el nazismo. Bloch es una pauta, no porque invite a la militancia política ineluctablemente, sino porque supo conciliar, hasta el sacrificio personal, su virtud de científico con su dignidad de ser humano.